

nasterio los que venian á buscarle de órden del papa, se metió en una barca para pasar el mar Adriático; pero obligado por los vientos contrarios á ancorar en el puerto de Trieste, fué arrestado y conducido á Agnani, donde se hallaba á la sazón la corte pontificia. Fué célebre este viaje por la multitud de los que concurrieron de todas partes para ver al Santo, y por los muchos milagros que hizo en el camino. Atribuyendo el papa la fuga de S. Pedro á motivos muy distintos, tuvo por conveniente encerrarle en el castillo de Fumona. No se alteró la tranquilidad de nuestro Santo viéndose en estado tan diferente; antes solia decir con no menor paz que gracia: *No tengo de que quejarme; celda queria, y celda tengo.*

No fué larga la estancia en esta nueva especie de soledad; su avanzada edad, el rigor de sus escesivas penitencias, que jamás mitigó, y la debilidad de su salud le advertian ya que no estaba distante el fin de su carrera. Y acabando de decir misa con un fervor extraordinario el dia de Pentecostés del año de 1296, dijo á dos monges de su órden, que le hacian compañía, que ciertamente moriria dentro de la octava. Cayó malo el dia siguiente, y pidió la Estremauncion, que recibió tendido en una tarima, no habiendo querido usar jamás de otra cama, y murió con la muerte de los santos el dia 19 de mayo, pronunciando aquellas palabras del último salmo de las laudes: *Omnis spiritus laudet Dominum*: Alabe al Señor todo lo que tiene vida. Murió de casi de setenta y cinco años, á los diez y siete meses despues de haber renunciado la tiara, y á los diez de su prision en el castillo de Fumona.

Mandó el papa Bonifacio que se celebrasen sus exequias con la mayor solemnidad, así en la iglesia de S. Pedro, como en la de S. Antonio, cerca de Ferentino, donde fué enterrado. Y continuando Dios en manifestar la santidad de su siervo con nuevos milagros, de órden de Clemente V se trabajó en el proceso de su canonizacion el año de 1305, y en el mismo se celebró esta el dia 5 de mayo con extraordinario aparato; pues no contentándose el papa con officiar pontificalmente la misa, él mismo hizo un gran panegirico del Santo, y fijó su fiesta el dia 19 de mayo. Venéranse sus reliquias en la iglesia de los Celestinos de la ciudad de Aquila, aunque hay tambien una porcion de ellas en los Celestinos de París y otras menores en diferentes iglesias.

SAN IVO, Ó IVON, PRESBITERO Y ABOGADO.

SAN IVO, descendiente de una familia noble y virtuosa cerca de Treguier en Bretaña, nació en el año de 1253. Su padre se llamó Aheloro, y su madre Azona. Estudió la gramática latina en su casa con una aplicacion y aprovechamiento nada comunes, y á los catorce años de su edad fué enviado á París, donde aprendió las artes liberales y la teología, habiéndose aplicado despues al estudio del derecho civil y canónico en Orleans. Su madre no cesaba de decirle que era necesario vivir de modo que llegase á ser santo, á que siempre respondia Ivo, que así lo esperaba él de la gracia de Dios. Esta resolucion echó profundas raíces en su corazon, y la impresion que en su alma habian hecho sus respectivas obligaciones era un continuo estímulo para la virtud, y una luz que le guiaba, y desvanecia las sombras de los escollos de su carrera. El ejemplo contagioso de algunos condiscípulos licenciosos, solo servia de inspirar en él mayor horror al mal y hacer que se armase con mas valor contra aquel enemigo. La rectitud de su conducta redujo á muchos de sus viciosos pasos. Tenia todo su tiempo repartido entre el estudio y la oracion, y su recreo era visitar los hospitales, donde acompañaba con gran caridad á los enfermos, y les consolaba en la penosa situacion de sus dolencias. En los diez años que estuvo en París, donde habia sido enviado á los catorce de su edad, y en donde pasó los cursos teológicos y canónicos, fué siempre la admiracion de aquella universidad, tanto por lo apreciable de sus prendas, como por su piedad extraordinaria. El mismo modo de vida continuó en Orleans, donde estudió las decretales en la cátedra del célebre Guillermo de Blaye, obispo de Angulema, y las instituciones con Pedro de la Chapelle, despues obispo de Tolosa y cardenal; pero cada dia aumentaba sus austeridades y penitencias. Castigaba su cuerpo con cilicios, absteniéndose siempre de la carne y del vino; ayunaba la cuaresma entera y el adviento, y otros muchos dias en el discurso del año á pan y agua; tomaba un corto descanso recostado en una estera, con un libro ó una piedra por cabecera, y no se reclinaba jamás hasta sentirse vencido enteramente del sueño.

Hizo á Dios un voto privado de perpetua castidad; pero como esto no se sabia, fueron muchos los ventajosos matrimonios que se le propusieron, y que desechó con el pretexto de ser un estado incompatible con las tareas de sus estudios. Estuvo mucho tiempo dudoso entre sí, sobre si abrazaria la vida religiosa, ó el

estado clerical; pero sus deseos de servir mas proporcionadamente al prójimo le determinó á esto último. Hubiera sin duda querido nuestro Santo, llevado de su humildad, permanecer siempre con solas las órdenes menores; pero su obispo le obligó á recibir el sacerdocio, paso que le costó infinitas lágrimas, aunque no por eso dejó de prepararse á él con una pureza de corazón la mas perfecta, y con una larga y fervorosa disposición á su recibimiento. Mauricio, arcediano de Rennes, que era antiguamente por razon de oficio vicario perpetuo del obispo, le nombró juez eclesiástico de aquella diócesis. S. Ivo protegió á huérfanos y viudas, defendió á los pobres, y administró justicia á todos con imparcialidad; y su aplicacion y ternera por sus inferiores ganaban la voluntad aun de aquellos mismos que perdian sus causas. Jamás pronunció sentencia sin derramar muchas lágrimas, teniendo siempre á la vista el tribunal del Juez soberano, donde habia de comparecer él mismo algun dia como reo silencioso, que debía esperar su sentencia próspera ó adversa.

Muchos obispos á porfia quisieron tenerle por suyo; disputaron este punto, y le ganó al fin su propio ordinario Alano de Bruc, obispo de Treguier, que le obligó á dejar á Rennes. Muy presto mudó el Santo con su esmero el aspecto de toda la diócesis, y reformó su vicioso clero con su conducta. El malo le temia, el bueno hallaba en él un padre, y los grandes todos le respetaban. Aunque era juez, solicitaba en calidad de dependiente el despacho de las causas en favor del pobre, á lo menos en otros tribunales; hablaba muchas veces en ellos, y visitaba á los presos en sus cárceles. Era llamado el abogado y letrado de los pobres, y una vez no pudiendo conseguir la reconciliacion de una madre y de un hijo, que litigaban entre sí implacablemente, ofreció por ellos el sacrificio de la misa, y en el mismo punto se buscaron ambos para hacer las paces. Nunca tomaba estipendio, porque su patrocinacion era gratuita. Nombróle su obispo Alano por rector de Tresdretz, y ocho años despues, su sucesor Geofredo Tournemine, le hizo de Lohanec, una de las parroquias mas considerables de su diócesis, que sirvió por espacio de diez años hasta su muerte. Levantábase siempre á los maitines de media noche, y decia misa todos los dias con increíble fervor y devocion. En su preparacion permanecia mucho tiempo postrado, absorto enteramente en la consideracion del abismo de su propia nada, y de la venerable majestad de aquel á quien iba á ofrecer su sacrificio, y la santidad de víctima tan grande. Por lo comun se levantaba bañado en lágrimas, que

no cesaba de derramar en abundancia todo el tiempo que duraba la celebracion de los misterios divinos. Cuando aceptó el primer curato dejó los ornamentos de las vestiduras que le obligaba á llevar su antigua dignidad, y usó siempre en adelante los vestidos mas humildes que podia permitirle su estado. Sus ayunos y austeridades mas se aumentaban que disminuian, ayunando, como dijimos, en las cuaresmas, el adviento, las vigiliias, viernes y sábados de cada semana, sin tomar mas alimento que pan y agua. En los demás dias lo mas que añadía á su vianda era un potaje de cualquiera legumbre, ó yerba, y un par de huevos en las festividades grandes del año. Las lágrimas corrían indeliberadamente de sus ojos siempre que hablaba de cosas espirituales, que eran por lo comun el objeto de todos sus discursos, y era tal la energía de sus espresiones y palabras que penetraba sin resistencia los corazones de sus oyentes. Predicaba muchas veces en las iglesias distantes, además de la suya propia, y muchas veces tres, ó cinco en un mismo dia. Todas las disputas se remitían á él, y el Santo tomaba á su cargo poner á las partes en paz. Erigió una casa junto á la suya para hospital de pobres y de enfermos; lavaba sus pies, limpiaba sus llagas, les servía á la mesa, y comía despues lo que á ellos habia sobrado. Distribuía su trigo, ó el precio á que le vendía, á los pobres en el tiempo mismo de la cosecha; y persuadiéndole cierto codicioso á que le conservase algunos meses, para que pudiese sacar mas precio de su venta, le respondió: *Yo no sé si entonces estaré aun vivo para repartirlo.* En otra ocasion le dijo el mismo sugeto: *Yo he ganado la quinta parte mas por haber guardado mi grano.* Pues yo, replicó el Santo, *he ganado ciento por haber salido pronto de él.* No teniendo en cierta ocasion mas de un pan en su casa, mandó que se lo diesen á un pobre; pero quejándose de este mandato su mayordomo, no le dió mas que la mitad al pobre, y al mismo que se quejaba la otra mitad, sin reservar para sí parte alguna de él. Jamás le faltó en estos lances la divina Providencia. En la cuaresma del año de 1303 sintió ya sus fuerzas decaidas, y que diariamente se debilitaban mas y mas; pero lejos de moderar sus austeridades, se juzgó obligado á doblar su fervor á proporcion que iba acercándose á la eternidad. La víspera de la Ascension predicó á su pueblo, dijo misa, sostenido de dos personas, y dió sus consejos á cuantos se acercaron á consultarle. Pasado este dia cayó en cama, que era una especie de estera, ó tarima, tejida de mimbres, y recibió los últimos sacramentos. Desde aquel momento solo con Dios fué toda su comunicacion, hasta que fué su alma á tomar posesion feliz

de la gloria que le habia esperado. Sucedió su muerte en 19 de mayo de 1303, á los cincuenta de su edad. La mayor parte de sus reliquias se conserva en la catedral de Treguier. Fué canonizado S. Ivo por Clemente VI en el año de 1347, y su festividad se celebra en varias diócesis de Bretaña.

La misa es en honra de S. Pedro Celestino, y la oracion la siguiente :

O Dios, que sublimaste á la que á su imitacion despreciamos todas las cosas del mundo, bienaventurado Pedro Celestino, y merezcamos conseguir los premios que están prometidos á posponer á la humildad aquella los humildes. Por nuestro Señor elevacion; concédenos benigno, Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 44 y 45 del Eclesiástico, y la misma que el día v, folio 98.

REFLEXIONES.

Este es el gran sacerdote que agradó á Dios durante su vida. Solo fué grande porque agradó á Dios mientras vivió; cualquiera otra idea de grandeza es abusiva. El nacimiento ilustre da gran nombre; las riquezas gran crédito; las bellas y grandes acciones mucha fama; los empleos gran reputacion; y las dignidades puesto elevado; pero hablando con propiedad, nada de esto da la verdadera grandeza. El nombre se queda en los archivos, ó á lo mas en unos pergaminos viejos; el crédito se pierde con el dinero; la fama se borra, se olvida, y se llega á extinguir con el tiempo; las dignidades y los empleos pasan sucesivamente de unos á otros como se le antoja al príncipe; y el mismo príncipe se ve despojado de todo su majestuoso aparato, enterrándose con él la grandeza y la majestad en el sepulcro. Hagamos ahora ver en el mundo dónde está la solidez y la estabilidad de esas imaginadas grandezas que tanto cacarea. Se puede gozar gran nombre, grande equipaje, grandes rentas, gran dignidad sin ser grande; porque la grandeza, hablando en rigor, debe ser cualidad inherente á la persona. ¿Dónde está la grandeza sin mérito? ¿dónde está el mérito sin virtud? Grandeza que se hundió y se desvaneció con la vida, no es grandeza, no merece este nombre; es una grandeza imaginaria, que solo subsiste en el lisonjero concepto, y en la vana fantasia de los hombres. Solo

Dios es grande, y solo con respecto á Dios se ha de medir toda la humana grandeza. El mas pobre labrador es verdaderamente grande siendo santo. Los siervos de Dios no necesitan de empleos ni de dignidades para ser grandes; valos á buscar la grandeza en sus mayores abatimientos, en su humildad mas profunda. Eminencias, escelencias, grandezas, títulos pomposos, respetables dignidades, tronos augustos, decidme: ¿pasais mas allá de la muerte? ¿Se da mucho valor á vuestros derechos en el otro mundo? Desengañémonos; este privilegio solo es debido á la virtud cristiana; solo la santidad goza este derecho; á ella rinden homenaje los grandes de la tierra. Sea santo un pobre criado, un vil esclavo; postrárase á sus pies el mayor monarca del mundo; tendrá por dichoso en poner debajo de su proteccion á su persona, á su casa y á su reino. *Agradó á Dios.* No se dice, nació de ilustre familia, obtuvo grandes dignidades, ocupó elevados puestos, fué señalado por su singular penetracion, distinguióse por su vivacidad, por su juicio recto y sólido, fué espléndido en la mesa, magnífico en el tren, no se vió prelado mas ostentoso, ni ministro mas lucido. El Espíritu Santo usa otro lenguaje; Dios juzga de las cosas de otra manera. *Agradó á Dios.* Esto fué lo que hizo tan grande á este pontífice; repartió grandes limosnas; en esto consistió su verdadera grandeza. Todos convienen en esta verdad; ¿pero cuando llegará el tiempo de conformarse con ella?

El Evangelio es del cap. 19 de S. Mateo, y el mismo que el día xii, folio 219.

MEDITACION.

Sobre los varios sucesos de la vida.

PUNTO PRIMERO. — Considera que nuestra vida está llena de diferentes sucesos, que forman todo su fondo, y componen, por decirlo así, la serie de su constitucion ó economia. Son pocos los dias perfectamente serenos. Y sin traer ahora á la memoria aquellos accidentes de la infancia, en los cuales nos asistió singularmente la divina Providencia, paremos únicamente la consideracion en tanta multitud y variedad de sucesos como acompañan igualmente el destino de los grandes y de los pequeños, de los ricos y de los pobres, de la gente mas oscura, y de la que mas brilla en esos grandes teatros. ¡De cuantos malos pasos, de cuantos barrancos, de cuantas quiebras están llenos todos los cami-

nos! ¡Buen Dios! ¡qué continua vicisitud en lo alto y en lo bajo! ¡qué monton de revoluciones en la vida de los mas dichosos del siglo! Aquel estaba veinte años ha en la cima, en la cumbre del favor, y hoy gime abatido y olvidado en un oscuro rincón, sin otra prenda de lo pasado, que la desconsolada memoria de sus raras aventuras. ¿Cuántos están mendigando el día de hoy la gracia y la proteccion de aquellos mismos á quienes ellos hicieron hombres? ¿Cuántos están dependientes de los mismos que los deben á ellos su fortuna? De tantas casas grandes como hacen papel en la historia, ¿cuantas hay de las cuales no nos ha quedado mas que el nombre? Sus posesiones, sus cargos, sus dignidades pasaron á los estraños, y hasta su nombre se confundió, trasladándose á otras familias. ¿Cuántos ricos comerciantes estamos viendo cada día que vienen á parar en ser deudores de los que fueron sus mancebos, sus factóres, ó sus comisionistas? Apenas acaba aquel de alhajar una casa, apenas acaba el otro de comprar una hacienda, cuando se ve precisado á cederla á un acreedor. Un naufragio, una pérdida, un incendio, una bancarota, un pleito que se perdió, da en tierra con toda una opulenta familia. La amistad, que parecia mas invariablemente cimentada, quiebra, falta, se desmiente. El parentesco mas estrecho se desconoce cuando se atraviesan la pasion, la ambicion, ó el interés. La estimacion y la amistad siguen á la fortuna. Un accidente, una enfermedad basta para que muden de semblante los mas zelosos cortesanos. Fuera de eso, ¡qué tristes, qué enfadosos incidentes en las familias mas dichosas! Son pocos los hijos que tarde ó temprano no llenen de pesadumbres á sus padres. ¿Y cuantos matrimonios hay felices? Pero aun entre los mas iguales, entre los mas unidos, ¡qué de disgustos! ¡qué de desazones por acaecimientos tan estraños, como invariables! Busca en el mundo una condicion exenta de molestias y de cuidados: imagina algun estado que esté á cubierto de los dolorosos accidentes de la vida. Dentro de nosotros mismos tenemos un terreno fecundo de tribulaciones y de inquietudes, que van creciendo al paso de los años. De esa manera, mi Dios, con admirable sabiduría quereis hacernos conocer, hacernos palpar, que verdaderamente vivimos en un lugar de destierro, y que no tenemos que esperar ni consuelo ni felicidad sino en el cielo, nuestra dulce y nuestra amada patria.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que es locura pretender ser dichosos en la tierra: solo Dios nos puede hacer felices. Pero ¡ah! ¡y cuanto perdemos en no aprovecharnos á lo menos de los

tristes accidentes de esta vida! Ninguno hay de que no podamos sacar mucho provecho, y se puede asegurar que con este fin los dispone Dios, ó los permite. No hay medio mas eficaz para desprender del mundo nuestro corazon, para que nos causen disgusto y tedio todas sus cosas. Esas amarguras que mezcla Dios en todos los gustos de esta vida, pueden servir maravillosamente para desvanecer las ilusiones de que están preocupados los mas en orden al servicio de Dios, persuadiéndonos una verdad que nos importa infinito estar bien convencidos de ella. Esta es que no hay en el mundo otra verdadera felicidad que la de vivir una vida verdaderamente cristiana. No todos son llamados al estado religioso; pero todos tienen obligacion de santificarse dentro de su propio estado. Los mayores contratiempos y los mas funestos reveses de la vida contribuyen mucho para estimar mas la que es verdaderamente ajustada á las leyes de la religion; porque ella sola enseña el secreto de no sentir los sinsabores que causan de suyo aquellos accidentes. Ni los monarcas mas poderosos lo son para impedir que nazcan las cruces sobre el mismo real trono, habiéndolas sembrado Dios en todas partes. Solo la virtud cristiana sabe aligerar su peso y embotar sus puntas. Ella sola, auxiliada de la divina gracia, tranquiliza el espíritu, dilata el corazon, desvanece los espantos, disipa los temores, y hace gustar á la alma cierta alegría pura, que es como precursora de la que gozan los bienaventurados en el cielo. Zúmbense en buen hora los disolutos; búrtese muy á su salvo con insulsas chocarrerías de la modestia, de la circunspeccion, de la vida arreglada, penitente y retirada de los virtuosos y de los timoratos: que quieran que no quieran los han de tener envidia. Ellos solos son los dichosos en el mundo, á pesar de todos los contratiempos que los puedan suceder.

Asistidme, Señor, con vuestra gracia para que tome el gusto á estas verdades prácticas, y esperiméntelas de manera que me sepa aprovechar de todos los infortunios, experimentando en mi mismo los consuelos que aun en este mundo trae consigo la vida cristiana y virtuosa.

JACULATORIAS. — ¡O Señor! ¡y qué consuelos tenéis reservados para los que os aman y os temen! (*Psalm.* 30.)

Fuera de vos, Señor, ¿qué puedo, ni qué debo desear en el cielo, ni en la tierra? (*Psalm.* 72.)

PROPOSITOS.

1 Los que en el mundo se llaman estados, no son en rigor mansiones fijas; son únicamente ciertas sendas, ciertos caminos que toma cada uno para llegar al término de la vida, que es la eternidad. En cada uno de estos caminos hay sus malos pasos. Todo camino es áspero, quebrado, desigual, y no hay que buscarle ni mas llano, ni mejor. Es, por decirlo así, esta vida una continua navegacion en un mar borrascoso, lleno de escollos, sujeto á muchas tempestades. Son en él frecuentes y furiosos los golpes de viento; cuando uno está engolfado en alta mar, necesita abrigarse en algun puerto; rara vez se camina á vela tendida, y casi siempre es menester navegar á fuerza de remo. Todas las costas son peligrosas, y los escollos que se ignoran son mas temibles que los que ya se conocen. Todo esto quiere decir, que en esta vida es preciso hacer el ánimo á muchos sucesos, casi todos desabridos, y pocos de gusto. Resuélvete, pues, no ya á evitarlos todos, que seria un empeño tanto ocioso, como vano, sino á aprovecharte de todos para caminar al cielo. Sobre todo guárdate bien de quejarte ó de murmurar de la divina Providencia: algun dia sabrás que nada te sucedió que no fuese dirigido á facilitarte tu eterna salvacion.

2 Considerando los adversos acasos de la vida como señales que te da Dios de su particular amor, no solo no te has de quejar, sino que debes rendirle muchas gracias por ellos. Ese contratiempo que te parece tan desgraciado, te era necesario para desprenderte del mundo y de la vida. Créeme, que sola esta consideracion te podrá endulzar los trabajos, convirtiéndolos en grande provecho tuyo.

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

SAN BERNARDINO DE SENA, del orden de Menores, en Aquila, ciudad del Abrucio, el cual con su predicacion y ejemplo ilustró á la Italia. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRIUNFO DE SANTA BASILA, virgen, en Roma en la via Salaria, la cual, descendiendo de sangre real y habiéndose desposado con un personaje muy ilustre, no quiso casarse con él; y acusada por él mismo de que era cristiana, fué sentenciada por el emperador Galieno á casarse con él, ó á ser degollada; y habiéndole intimado la sentencia,